

La necesidad del ateísmo

P. B. Shelley

[pepitas de calabaza ed.]



Traducción al español de Joe Barcala

La necesidad del ateísmo

por Percy Bysshe Shelley

ISBN 9798639601064

PREFACIO

POR HENRY S. SALT

Como breve resumen de la actitud de Shelley hacia la religión cristiana, se me puede permitir citar lo que he escrito en otra parte.

"Considero el ateísmo temprano de Shelley y luego el panteísmo, simplemente como el lado negativo y afirmativo del mismo credo de vida progresivo pero armonioso. En sus primeros años su disposición era hacia una negación vehemente de una teología que nunca dejó de detestar; en sus años de madurez hizo referencia más frecuente al gran Espíritu Mundial en el que había creído desde el principio. Se hizo más sabio en el ejercicio de su fe religiosa, pero la fe fue la misma en todas partes; hubo progreso, pero no cambio esencial".

*—Percy Bysshe Shelley, poeta y pionero
(Watts & Co., 1913)*

La secuencia de su pensamiento sobre el tema se puede rastrear claramente en varios de sus ensayos. En "La necesidad del ateísmo", el tratado que condujo a su expulsión de la Universidad de Oxford, vemos a Shelley en su estado juvenil de abierta negación y desafío. Se ha sugerido que el folleto fue pensado originalmente por su autor para ser un engaño; pero tal explicación malinterpreta por completo no solo los hechos del caso, sino el carácter del propio Shelley. De Guincey señaló esto hace mucho tiempo: "Enfrentó a los ejércitos de la cristiandad. Si hubiera sido posible que bromeara, no habría sido noble; pero aquí, incluso en la más monstruosa de sus empresas, aquí, como siempre, fue perfectamente sincero y resuelto ". Que esto es cierto puede verse no solo por la evidencia interna de "La Necesidad" en sí, sino por el hecho de que la conclusión que, Shelley pretendía sacar, del diálogo "Una refutación del deísmo", publicada en 1814, era que no hay un camino intermedio entre aceptar la religión revelada y no creer en la existencia de una deidad, otra forma de afirmar la necesidad del ateísmo.

Shelley se parecía a Blake en el contraste de sentimientos con el que consideraba la religión cristiana y su fundador. Por el carácter humano de Cristo, pudo sentir la veneración más profunda, como puede verse no solo en el "Ensayo sobre el cristianismo", sino también en la "Carta a Lord Ellenborough" (1812), y también en las notas a "Hellas" y pasajes en ese poema y en "Prometheus Unbound"; pero sostuvo que el espíritu del cristianismo establecido estaba totalmente fuera de armonía con el de Cristo, y que una similitud con Cristo era una de las cualidades más detestadas por el cristiano moderno. Los dogmas de la fe cristiana siempre fueron repudiados por él, y no hay ninguna garantía en sus escritos por la

extraña pretensión de que, si hubiera vivido más tiempo, sus objeciones al cristianismo podrían haberse superado de alguna manera.

En conclusión, se puede decir que la prosa de Shelley, si no es excelente en sí misma, es la prosa de un gran poeta, por lo que posee un interés que probablemente no fracasará. Es la clave para la correcta comprensión de su intelecto, ya que su poesía es la máxima expresión de su genio.

La necesidad del ateísmo

[NOTA - La Necesidad del Ateísmo fue publicada por Shelley en 1811. En 1813 imprimió una versión revisada y ampliada de ella como una de las notas de su poema Queen Mab. La versión revisada y ampliada es la que aquí se reproduce.]

Traducción por Joe Barcala.

No hay Dios

[Esta negación debe entenderse exclusivamente en lo referente a la existencia de una deidad creadora. La hipótesis de la omnipresencia de un espíritu coeterno con el universo queda por desmentir].

Un examen riguroso de la validez de las pruebas aducidas para apoyar cualquier proposición siempre ha sido el único método fiable para obtener la verdad. Sobre sus ventajas no es necesario extenderse. Nuestro conocimiento de la existencia de una Deidad es

un tema de tal importancia que no podrá investigarse nunca con suficiente profundidad. Como consecuencia de esta circunstancia, procederemos breve e imparcialmente a examinar las pruebas que han sido aportadas. Y en primer lugar es necesario considerar la naturaleza misma de esta creencia.

Cuando una proposición se ofrece a la mente, esta percibe el acuerdo o el desacuerdo de las ideas de las que se compone. La percepción de su acuerdo se denomina creencia. A menudo, muchos obstáculos impiden que esta percepción sea inmediata. La mente trabaja activamente en la investigación con el fin de perfeccionar la pasividad propia del estado de percepción. La investigación, al confundirse con la percepción, ha inducido a muchos a imaginar erróneamente que la mente es activa en la creencia, que la creencia es un acto de la voluntad, y que por consiguiente esta última puede ser regulada por la mente. Continuando este error, han llegado a añadir cierto grado de criminalidad a la falta de fe, crimen del que, por su propia naturaleza, la falta de fe es incapaz, de la misma forma que es incapaz de cualquier mérito.

El poder de toda creencia, como el poder de cualquier pasión, está en proporción directa con el grado de excitación que alcanza.

Los grados de excitación son tres.

Para la mente, los sentidos son la fuente de todo conocimiento, y su evidencia reclama consecuentemente el mayor grado de aprobación.

La decisión de la mente basada en la propia experiencia que se deriva de estas fuentes determina el siguiente grado.

La experiencia de los otros, que reclama también su propia validez, ocupa el nivel más bajo.

Una escala graduada, en la que deberían marcarse las capacidades de las proposiciones para acercarse a la prueba de los sentidos, sería un barómetro justo de la creencia que debería estar unida a ellos.

Consecuentemente, ningún testimonio puede ser admitido si es contrario a la razón, estando la razón fundada sobre la evidencia de nuestros sentidos.

Toda prueba debe ser referida a una de estas tres divisiones. Debemos considerar pues, qué argumentos recibimos de cada una de ellas para convencernos de la existencia de la Deidad.

Primero, La evidencia de los sentidos. Si la Deidad se nos apareciera, si él convenciera a nuestros sentidos de su existencia, esta revelación necesariamente exigiría creer. Aquellos a quienes la Deidad ha aparecido así tienen la convicción más fuerte posible de su existencia. Pero el Dios de los teólogos es incapaz de visibilidad local.

Segundo, razón. Se insta a que el hombre sepa que, lo que sea, debe haber tenido un comienzo o haber existido desde toda la eternidad, también sabe que, lo que no sea eterno, debe haber tenido una causa. Cuando este razonamiento se aplica al universo, es necesario demostrar que fue creado: hasta que se demuestre claramente, podemos suponer razonablemente que ha perdurado desde toda la eternidad. Debemos probar el diseño antes de poder inferir un diseñador. La única idea que podemos formar de causalidad es derivable de la conjunción constante de objetos, y la inferencia

consecuente de uno del otro. En una base donde dos proposiciones son diametralmente opuestas, la mente cree lo que es menos incomprensible; es más fácil suponer que el universo ha existido desde toda la eternidad que concebir un ser más allá de sus límites capaz de crearlo: si la mente se hunde por debajo del peso de uno, ¿es un alivio para aumentar la intolerancia de la crianza?

El otro argumento, que se basa en el conocimiento del hombre de su propia existencia, es así. Un hombre sabe no solo que ahora es, sino que una vez que no lo era; en consecuencia, debe haber habido una causa. Pero nuestra idea de causalidad es solo derivable de la conjunción constante de objetos y la inferencia consiguiente de uno a otro; y, razonando experimentalmente, solo podemos inferir de los efectos causados adecuados a esos efectos. Pero ciertamente hay un poder generativo que se ve afectado por ciertos instrumentos: no podemos probar que es inherente a estos instrumentos “ni la hipótesis contraria” es capaz de demostrar: admitimos que el poder generativo es incomprensible; pero suponer que el mismo efecto es producido por un ser eterno, omnisciente y omnipotente que deja la causa en la misma oscuridad, la vuelve más incomprensible.

Tercero, testimonio. Se requiere que el testimonio no sea contrario a la razón. El testimonio de que la Deidad convence los sentidos de los hombres de su existencia solo puede ser admitido por nosotros, si nuestra mente lo considera menos probable, que estos hombres deberían haber sido engañados que la Deidad debería haberse aparecido ante ellos. Nuestra razón nunca puede admitir el testimonio de hombres, que no solo declaran que fueron testigos oculares de milagros, sino que la Deidad fue irracional; porque él ordenó que se le creyera, propuso las más altas recompensas por fe, castigos eternos por incredulidad. Solo podemos ordenar acciones

voluntarias; la creencia no es un acto de volición (deseo, determinación, acto de la voluntad *n.t.*); la mente es siempre pasiva o involuntariamente activa; de esto es evidente que no tenemos suficiente testimonio, o más bien ese testimonio es insuficiente para probar el ser de un Dios. Se ha demostrado antes que no puede deducirse de la razón. Solo ellos, entonces, que han sido convencidos por la evidencia de los sentidos, pueden creerlo.

Por lo tanto, es evidente que, al no tener pruebas de ninguna de las tres fuentes de convicción, la mente no puede creer la existencia de un Dios creador: también es evidente que, como la creencia es una pasión de la mente, no se puede atribuir ningún grado de criminalidad a la incredulidad y que solo son reprobables quienes descuidan eliminar el medio falso a través del cual su mente ve cualquier tema de discusión. **Toda mente reflexiva debe reconocer que no hay pruebas de la existencia de una Deidad.**

Dios es una hipótesis y, como tal, necesita pruebas: la responsabilidad recae en el teísta.

Sir Isaac Newton dice:

Hipótesis non fingo, quicquid enim ex phaenomenis hipótesis no deducitur, vocanda est, et hipótesis vel metaphysicae, vel physicae, vel qualitatium occultarum, seu mechanicae, in philosophia locum non habent. (Y no aplica ninguna hipótesis, por lo que es de la hipótesis de los fenómenos que no corresponde, que se llamará, y la hipótesis, o de la metafísica, o persona física, o de cualidades ocultas o mecánica, no tienen cabida en la filosofía.)

Para todas las pruebas de la existencia de un Dios creativo, aplique esta valiosa regla. Vemos una variedad de cuerpos que poseen una variedad de poderes: simplemente conocemos sus efectos; Estamos en un estado de ignorancia con respecto a sus esencias y causas. Newton los llama fenómenos de las cosas; pero el orgullo de la filosofía no está dispuesto a admitir su ignorancia de sus causas. A partir de los fenómenos, que son los objetos de nuestro intento de inferir una causa, que llamamos Dios, y que le otorgan gratuitamente todas las cualidades negativas y contradictorias. A partir de esta hipótesis, inventamos este nombre general, para ocultar nuestra ignorancia de causas y esencias. El ser llamado Dios de ninguna manera responde con las condiciones prescritas por Newton; lleva toda la marca de un velo tejido por la vanidad filosófica, para ocultar la ignorancia de los filósofos incluso de sí mismos. Toman prestados los hilos de su textura del antropomorfismo de lo vulgar. Los sofistas han usado las palabras para los mismos propósitos, desde las cualidades ocultas de los peripatéticos hasta el efluvio de Boyle y las nebulosas de Herschel. Dios es representado como infinito, eterno, incomprendible; que está contenida en virtud de cada predicado no que la lógica de la ignorancia podría fabricar. Incluso sus fieles permiten que sea imposible hacerse una idea de él: exclaman con el poeta francés:

Pour dire ce qu'il est, il faut etre lui-meme.

(Para decir qué es, tienes que ser tú mismo.)

Lord Bacon dice que el ateísmo deja al hombre razón, filosofía, piedad natural, leyes, reputación y todo lo que pueda servir para conducirlo a la virtud; pero la superstición destruye todo esto y se erige en una tiranía sobre la comprensión de los hombres: por lo

tanto, el ateísmo nunca perturba al gobierno, sino que hace que el hombre sea más clarividente, ya que no ve nada más allá de los límites de la vida actual. - *Ensayos morales* de Bacon.

[Comenzando aquí, y hasta el párrafo que termina con Systeme de la Nature, Shelley escribió en francés.]

La primera teología del hombre le hizo primero temer y adorar a los elementos mismos, los objetos burdos y materiales de la naturaleza; luego rindió homenaje a los agentes que controlan los elementos, genios inferiores, héroes u hombres dotados de grandes cualidades. Por la fuerza de la reflexión, trató de simplificar las cosas sometiendo toda la naturaleza a un solo agente, espíritu o alma universal, que dio movimiento a la naturaleza y todas sus ramas. Remontando de causa en causa, el hombre mortal ha terminado sin ver nada; y es en esta oscuridad en donde ha colocado a su Dios; es en este oscuro abismo que su inquieta imaginación siempre ha fabricado quimeras, que continuarán afligiéndolo hasta que su conocimiento de la naturaleza persiga estos fantasmas que siempre ha adorado.

Si deseamos explicar nuestras ideas sobre la Divinidad, estaremos obligados a admitir que, por la palabra Dios, el hombre nunca ha sido capaz de designar sino la causa más oculta, más distante y más desconocida de los efectos que vio; solo ha utilizado su palabra cuando el juego de causas naturales y conocidas dejó de ser visible para él; tan pronto como perdió el hilo de estas causas, o cuando su mente ya no pudo seguir la cadena, cortó la dificultad y terminó sus investigaciones llamando a Dios la última de las causas, es decir, lo que está más allá de todas las causas que él conocía; así, asignó una vaga denominación a una causa desconocida, en la cual su pereza o

los límites de su conocimiento lo obligaron a detenerse. **Cada vez que decimos que Dios es el autor de algún fenómeno, eso significa que ignoramos cómo dicho fenómeno pudo operar con la ayuda de fuerzas o causas que conocemos en la naturaleza.** Es así que la generalidad de la humanidad, cuya suerte es la ignorancia, atribuye a la Divinidad, no solo los efectos inusuales que los golpean, sino además los eventos más simples, cuyas causas son las más fáciles de entender por quien sea capaz de comprender, de estudiarlos. En pocas palabras, el hombre siempre ha respetado las causas desconocidas, efectos sorprendentes que su ignorancia le impidió desenredar. Fue sobre estos escombros de la naturaleza que el hombre levantó el coloso imaginario de la Divinidad.

Si la ignorancia de la naturaleza dio a luz a dioses, el conocimiento de la naturaleza está hecho para su destrucción. En proporción a lo que el hombre aprendió, su fuerza y sus recursos aumentaron con su conocimiento; la ciencia, las artes, la industria, le brindaron asistencia; la experiencia lo tranquilizó o le proporcionó medios de resistencia a los esfuerzos de muchas causas que dejaron de alarmar tan pronto como se entendieron. En otras palabras, sus terrores se disiparon en la misma proporción que su mente se iluminó. **El hombre educado deja de ser supersticioso.**

Es solo por rumores (de boca en boca transmitido de generación en generación) que pueblos enteros adoran al Dios de sus padres y de sus sacerdotes: la autoridad, la confianza, la sumisión y la costumbre con ellos toman el lugar de la convicción o de las pruebas: postrarse y rezar, porque sus padres les enseñaron a postrarse y rezar: pero ¿por qué sus padres cayeron de rodillas? Esto se debe a que, en tiempos primitivos, sus legisladores y sus guías hicieron su deber. "Adoren y crean", dijeron, "los dioses a quienes no pueden

comprender; confíen en nuestra profunda sabiduría; sabemos más que ustedes acerca de la Divinidad". Pero, ¿por qué debería ir a ti? Es porque Dios lo quiso así; es porque Dios te castigará si te atreves a resistir. Pero este Dios, ¿no es él, entonces, la cosa en cuestión? Sin embargo, el hombre siempre ha viajado en este círculo vicioso; Su mente perezosa siempre lo ha hecho encontrar más fácil aceptar el juicio de los demás. Todas las naciones religiosas se basan únicamente en la autoridad; todas las religiones del mundo prohíben el examen y no quieren que uno razone; la autoridad quiere creer en Dios; Este Dios mismo se funda solo en la autoridad de unos pocos hombres que fingen conocerlo, y que vienen en su nombre y lo anuncian en la tierra. **Un Dios hecho por el hombre indudablemente necesita del hombre para darse a conocer al hombre.**

¿No debería ser, entonces, para los sacerdotes, los inspirados, los metafísicos a los que debería reservarse la convicción de la existencia de un Dios, que, sin embargo, dicen que es tan necesario para toda la humanidad? ¿Puedes encontrar alguna armonía en las opiniones teológicas de los diferentes inspirados o pensadores esparcidos por la tierra? Ellos mismos, que hacen una profesión de adorar al mismo Dios, ¿están de acuerdo? ¿Están contentos con las pruebas que sus colegas traen de su existencia? ¿Se suscriben por unanimidad a las ideas que presentan sobre la naturaleza, sobre su conducta, sobre la manera de entender sus oráculos fingidos? ¿Hay un país en la tierra donde la ciencia de Dios es realmente perfecta? ¿Ha tomado esta ciencia en alguna parte la consistencia y uniformidad que vemos que la ciencia del hombre asume, incluso en los oficios más inútiles, los oficios más despreciados? Estas palabras tienen en cuenta la inmaterialidad, la creación, la predestinación y la

gracia; esta masa de sutiles distinciones con las que se llenaba la teología en todas partes; ¡Estos inventos tan ingeniosos, imaginados por pensadores que se han sucedido unos a otros durante tantos siglos, solo tienen, por desgracia cosas aún más confusas!, y la ciencia, más necesaria para el hombre, nunca ha tenido hasta este momento la más mínima sustentación. Durante miles de años, los soñadores perezosos se han aliviado perpetuamente para meditar en la Divinidad, para adivinar su voluntad secreta, para inventar la hipótesis adecuada para desarrollar este importante enigma. Su ligero éxito no ha desanimado la vanidad teológica: uno siempre habla de Dios, uno tiene la garganta cortada por Dios, y este ser sublime sigue siendo el más desconocido y el más discutido.

El hombre habría sido demasiado feliz si, al limitarse a los objetos visibles que le interesaban, hubiera empleado para perfeccionar sus ciencias reales, sus leyes, su moral, su educación, la mitad de los esfuerzos que ha puesto en sus investigaciones sobre la divinidad, hubiera sido aún más sabio y aún más afortunado si se hubiera conformado con dejar que sus guías desempleados pelearan entre ellos, debatiendo temas profundos capaces de marearlos, sin que él mismo se mezcle en disputas sin sentido. Pero es la esencia de la ignorancia dar importancia a lo que no comprende. La vanidad humana está tan constituida que se pone rígida ante las dificultades. Cuanto más se oculta un objeto de nuestros ojos, mayor es el esfuerzo que hacemos para apoderarnos de él, porque pica nuestro orgullo, excita nuestra curiosidad y parece interesante. Al luchar por su Dios, todos, de hecho, luchan solo por los intereses de su propia vanidad, que, de todas las pasiones producidas por la mala organización de la sociedad, es la más rápida para ofenderse y la más capaz de cometer la mayor de las locuras.

Si, dejando por un momento la molesta idea que la teología da de un Dios caprichoso, cuyos decretos parciales y despóticos deciden el destino de la humanidad, deseamos fijar nuestros ojos solo en la supuesta bondad, que todos los hombres, incluso temblando ante este Dios, estar de acuerdo es atribuirle, si le permitimos el propósito que se le presta de haber trabajado solo para su propia gloria, de exigir el homenaje de seres inteligentes; de buscar solo en sus obras el bienestar de la humanidad; ¿Cómo conciliar estos puntos de vista y estas disposiciones con la ignorancia verdaderamente invencible en que este Dios, tan glorioso y tan bueno, deja a la mayoría de la humanidad con respecto a Dios mismo? Si Dios desea ser conocido, apreciado, agradecido, ¿por qué no se muestra bajo sus características favorables a todos estos seres inteligentes por los cuales desea ser amado y adorado? ¿Por qué no manifestarse a toda la tierra de manera inequívoca, mucho más capaz de convencernos que estas revelaciones privadas que parecen acusar a la Divinidad de una molesta parcialidad para algunas de sus criaturas? El todopoderoso, ¿no debería arrojar medios más convincentes para mostrarle al hombre que estas ridículas metamorfosis, estas fingidas encarnaciones, que son atestiguadas por escritores tan poco de acuerdo entre ellos? En lugar de tantos milagros, inventados para demostrar la misión divina de tantos legisladores venerados por las diferentes personas del mundo, el Soberano de estos espíritus, ¿no podría convencer a la mente humana en un instante de las cosas que deseaba dar a conocer? En lugar de colgar el sol en la bóveda del firmamento, en lugar de dispersar estrellas sin orden, y las constelaciones que llenan el espacio, ¿no habría sido más conforme con las opiniones de un Dios tan celoso de su gloria y tan bien intencionado para la humanidad, escribir, de una manera no sujeta a disputa, su nombre, sus atributos, sus deseos permanentes en

caracteres indescifrables, igualmente comprensibles para todos los habitantes de la tierra? Nadie podría entonces dudar de la existencia de Dios, de su clara voluntad, de sus intenciones visibles. Ante los ojos de este Dios tan terrible, nadie tendría la audacia de violar sus mandamientos, ningún mortal se atrevería a correr el riesgo de atraer su ira: finalmente, ningún hombre tendría el descaro de imponerse en su nombre o interpretar su voluntad de acuerdo con su propia y real voluntad.

De hecho, aun admitiendo la existencia del Dios teológico y la realidad de sus atributos tan discordantes que le imputan, no se puede concluir nada para autorizar la conducta o el culto que se prescribe para rendirle. La teología es verdaderamente el tamiz de las Danaides¹. A fuerza de cualidades contradictorias y afirmaciones arriesgadas, es decir, ha perjudicado tanto a su Dios que le ha hecho imposible actuar. Si es infinitamente bueno, ¿qué razón deberíamos tener para temerle? Si él es infinitamente sabio, ¿por qué deberíamos tener dudas sobre nuestro futuro? Si él lo sabe todo, ¿por qué advertirle de nuestras necesidades y cansarlo con nuestras oraciones? Si él está en todas partes, ¿por qué erigirle templos? Si es justo, ¿por qué temer que castigará a las criaturas que tiene, llenas de debilidades? Si la gracia hace todo por ellos, ¿qué razón tendría él para recompensarlos? Si él es todopoderoso, ¿cómo ofenderlo?, ¿cómo oponer resistencia? Si es razonable, ¿cómo puede estar enojado con el ciego, a quien le ha dado la libertad de no ser razonable? Si es inamovible, ¿con qué derecho pretendemos hacerle

¹ Las **danaides** fueron las cincuenta hijas del rey Dánao de Egipto, quien las llevó a Grecia y, perseguidas por sus futuros esposos desde Egipto, el rey accedió a la boda, dándoles a cada una de sus hijas una daga para matar a sus hombres en la noche de bodas. Sólo una de ellas salvó la vida a su esposo, porque estaba enamorada. *N. de T.*

cambiar sus decretos? Si él es inconcebible, ¿por qué ocuparnos de él? SI HA HABLADO, ¿POR QUÉ EL UNIVERSO NO ESTÁ CONVENCIDO? Si el conocimiento de un Dios es lo más necesario, ¿por qué no es lo más evidente y lo más claro? -*Systeme de la Nature*. Londres, 1781.

El iluminado y benevolente Plinio, por lo tanto, se declara públicamente ateo:

Todas las efigies de Dios, no son más que imbecilidades humanas. El que Dios (suponiendo que hay uno), está en todas partes, todo lo ve, todo lo oye, todo lo sabe y todo lo siente. La imperfección, sin embargo, en el hombre, es el consuelo en las cosas, no en los dioses. De hecho, no se protesta por el suicidio, si se quiere, que en la vida de los hombres con tantas penas; ni darles la eternidad, o revivir a los muertos; ni hacerlo con aquellos que no han vivido como se dicta, ni han brindado los honores debidos; en el pasado no tienen ningún derecho que no sea el ajeno, y (como argumento ingenioso de esta sociedad, junto con Dios) no son diez ni veinte las cosas que de igual manera no pueden ser. Esto se declara sin duda a través del poder de la naturaleza, al que también le llaman Dios. (Traducción del Latín de Rolando Viera).

- *Plinio. Nat. Hut. Div. Dios.*

El newtoniano consecuente es necesariamente un ateo (véanse las preguntas académicas de Sir W. Drummond, cap. III). Sir W. parece

considerar el ateísmo al que conduce como una presunción suficiente de la falsedad del sistema de gravitación; pero seguramente es más coherente con la buena fe de la filosofía admitir una deducción de los hechos que una hipótesis incapaz de probar, aunque pueda militar, con los prejuicios obstinados de la mafia. Si este autor, en lugar de criticar la culpa y el absurdo del ateísmo, hubiera demostrado su falsedad, su conducta habría sido más adecuada para la modestia del escéptico y la tolerancia del filósofo.

Por el poder de Dios fue hecho: incluso el poder de la naturaleza es nulo, no, no hay poder excepto el de Dios. Es cierto que tenemos el poder no solo para comprender el alcance de las causas naturales que no conocemos; asimismo engañan recurriendo al poder de Dios, cuando ignoramos cosas que suceden por causas naturales desconocidas. (Traducción del Latín de Rolando Viera).

- Spinning Tracto. Teológico-Poi. Capítulo 1. P. 14.

En la vida

La vida y el mundo, o como sea que llamemos lo que somos y sentimos, es algo asombroso. La niebla de la familiaridad nos oculta la maravilla de nuestro ser. Nos sorprende la admiración de algunas de sus modificaciones transitorias, pero es en sí mismo el gran milagro. ¿Qué son los cambios de imperios, los restos de las dinastías, con las opiniones que los apoyan? ¿Qué es el nacimiento y la extinción de los sistemas religiosos y políticos de la vida? ¿Cuáles son las revoluciones del globo que habitamos, y las operaciones de los elementos que lo componen, en comparación con la vida? ¿Cuál es el universo de estrellas y soles, del cual esta tierra habitada es una, y sus movimientos y su destino, comparados con la vida? La vida, el gran milagro, no lo admiramos porque es tan milagroso. Es bueno que estemos protegidos por la familiaridad de lo que es a la vez tan cierto e insondable, de un asombro que de otra manera absorbería y sobrecargaría las funciones de lo que es su objeto.

Si algún artista, no digo que haya sucedido, sino que simplemente hubiera concebido en su mente el sistema solar, y las estrellas y los planetas, sin que existieran, sólo que nos los hubiera pintado con

palabras, o sobre lienzo, el espectáculo que ahora ofrece la capa nocturna del cielo, e ilustrada por la sabiduría de la astronomía, grande sería nuestra admiración por dicho artista. ¿O se había imaginado el paisaje de esta tierra, las montañas, los mares y los ríos, la hierba y las flores, y la variedad de formas y masas de las hojas del bosque, y los colores que acompañan la puesta y el sol naciente, y los matices de la atmósfera, turbia o serena antes de existir? Realmente deberíamos haber estado asombrados, y no hubiera sido una vana jactancia haber dicho de tal pintor o artista, "*No merece el nombre de creador, si no Dios y el Poeta*"². Pero cómo se miran estas cosas con poca maravilla, ser consciente de ellas con intenso deleite se considera la marca distintiva de una persona refinada y extraordinaria. La multitud de hombres no se preocupa por ellos. Es así con la Vida, lo que incluye todo.

¿Qué es la vida? Los pensamientos y sentimientos surgen, con o sin nuestra voluntad, y empleamos palabras para expresarlos. Nacemos, y nuestro nacimiento no se recuerda, y nuestra infancia se recuerda, pero en fragmentos; vivimos y al vivir perdemos la aprensión de la vida. ¡Qué vano es pensar que las palabras pueden penetrar el misterio de nuestro ser! Si se usan correctamente, pueden hacer evidente nuestra ignorancia hacia nosotros mismos; y esto es mucho. Para que somos ¿De dónde venimos? y ¿a dónde vamos? ¿Es el nacimiento el comienzo, es la muerte la conclusión de nuestro ser? ¿Qué es el nacimiento y la muerte?

² Referencia dada más adelante en su libro *Defensa de La Poesia*. Percy B. Shelley (1821).

Las abstracciones más refinadas de la lógica conducen a una visión de la vida que, aunque sorprendente por la aprensión, es, de hecho, lo que el sentido habitual de sus combinaciones repetidas ha extinguido en nosotros. Desnuda, por así decirlo, la cortina pintada de esta escena de las cosas. Confieso que soy uno de los que no pueden rechazar mi asentimiento a la conclusión de esos filósofos que afirman que no existe nada sino lo que se percibe.

Es una decisión contra la cual luchan todas nuestras persuasiones, y debemos ser condenados por mucho tiempo antes de poder convencernos de que el universo sólido de las cosas externas es "cosas de las que están hechos los sueños". Los absurdos impactantes de la filosofía popular de la mente y la materia, sus consecuencias fatales en la moral y su dogmatismo violento sobre la fuente de todas las cosas, me llevaron al materialismo. Este materialismo es un sistema seductor para mentes jóvenes y superficiales. Permite que sus discípulos hablen y les dispensa de pensar. Pero estaba descontento con la visión de las cosas que me permitía; el hombre es un ser de altas aspiraciones, "mirando tanto antes como después", cuyos "pensamientos vagan por la eternidad", renunciando a la alianza con la transitoriedad y la decadencia: incapaz de imaginarse aniquilación; existente, pero en el futuro y el pasado; ser, no lo que es, sino lo que ha sido y todo lo que ha sido. Cualquiera que sea su destino verdadero y final, hay un espíritu dentro de él en enemistad con la nada y la disolución. Este es el carácter de toda vida y ser. Cada uno es a la vez el centro y la circunferencia; el punto al que se refieren todas las cosas y la línea en la que están contenidas todas las cosas. Las contemplaciones como estas, el materialismo y la filosofía popular de la mente y la materia por igual, solo son consistentes con el sistema intelectual.

Es absurdo entrar en una larga recapitulación de argumentos suficientemente familiares para aquellas mentes inquisitivas, a quienes solo un escritor sobre temas abstrusos puede concebirse para abordar. Quizás la declaración más clara y vigorosa del sistema intelectual se encuentre en las *Preguntas académicas* de Sir William Drummond. Después de tal exposición, sería inactivo traducir a otras palabras lo que solo podría perder su energía y aptitud por el cambio. Examinados, punto por punto, y palabra por palabra, los intelectos más exigentes no han podido discernir ningún tren de pensamientos en el proceso de razonamiento, lo que no conduce inevitablemente a la conclusión que se ha establecido.

¿Qué se desprende de la admisión? No establece una nueva verdad, no nos da una idea adicional de nuestra naturaleza oculta, ni su acción ni en sí misma: la filosofía, por impaciente que sea para construir, aún tiene mucho trabajo como pionera para el crecimiento excesivo de las edades. da un paso hacia este objeto; destruye el error y las raíces del error. Se va, lo que a menudo es el deber del reformador en cuestiones políticas y éticas dejar, una vacante. Reduce la mente a esa libertad en la que habría actuado, pero por el mal uso de palabras y signos, los instrumentos de su propia creación. Por signos, se me entendería en un sentido amplio, incluido lo que se entiende adecuadamente por ese término y lo que quiero decir particularmente. En este último sentido, casi todos los objetos familiares son signos, de pie, no para sí mismos, sino para otros, en su capacidad de sugerir un pensamiento que conducirá a un tren de pensamientos. Toda nuestra vida es, por lo tanto, una educación del error.

Recordemos nuestras sensaciones como niños. ¡Qué aprensión distinta e intensa teníamos del mundo y de nosotros mismos!

Muchas de las circunstancias de la vida social eran importantes para nosotros, que ya no lo son. Pero ese no es el punto de comparación en el que quiero insistir. Distinguimos menos habitualmente todo lo que vimos y sentimos, de nosotros mismos. Parecían, por así decirlo, constituir una masa. Hay algunas personas que, a este respecto, son siempre niños. Aquellos que están sujetos al estado llamado ensueño, sienten que su naturaleza se disolvió en el universo circundante, o como si el universo circundante se absorbiera en su ser. No son conscientes de ninguna distinción. Y estos son estados que preceden, acompañan o siguen una aprehensión inusualmente intensa y vívida de la vida. A medida que los hombres crecen, este poder comúnmente decae y se convierten en agentes mecánicos y habituales. Así, los sentimientos y el razonamiento son el resultado combinado de una multitud de pensamientos enredados y de una serie de lo que se llama impresiones, plantadas por reiteración.

La visión de la vida presentada por las deducciones más refinadas de la filosofía intelectual, a la de la unidad. Nada existe sino como se percibe. La diferencia es meramente nominal entre esas dos clases de pensamiento que se distinguen por los nombres de ideas y de objetos externos. Siguiendo el mismo hilo de razonamiento, la existencia de mentes individuales distintas, similar a la que se emplea al cuestionar ahora su propia naturaleza, también se considera una ilusión. Las palabras, yo, tú, ellas, no son signos de ninguna diferencia real que subsista entre el conjunto de pensamientos así indicado, sino que son meramente marcas empleadas para denotar las diferentes modificaciones de la mente.

No se suponga que esta doctrina conduce la monstruosa presunción de que yo, la persona que ahora escribo y pienso, soy esa mente. Soy solo una parte de eso. Las palabras *yo, tú, él, nosotros*, son términos

gramaticales inventados simplemente por disposición, y totalmente desprovistos del sentido intenso y exclusivo que generalmente se les atribuye. Es difícil encontrar palabras adecuadas para expresar una concepción tan sutil como aquella a la que la filosofía intelectual nos ha conducido. Estamos en el borde donde las palabras nos abandonan, y ¡qué maravilla si nos mareamos para mirar hacia el oscuro abismo de lo poco que sabemos!

Las relaciones de las cosas permanecen sin cambios, sea cual sea el sistema. Por la palabra se entiende cualquier objeto de pensamiento, es decir, cualquier pensamiento sobre el que se emplee cualquier otro pensamiento, con una aprensión de distinción. Las relaciones de estos permanecen sin cambios; y tal es el material de nuestro conocimiento.

¿Cuál es la causa de la vida? Es decir, ¿cómo se produjo o qué agencias distintas de la vida han actuado o actúan sobre la vida? Todas las generaciones registradas de la humanidad se han ocupado cansadamente de inventar respuestas a esta pregunta; y el resultado ha sido - Religión. Sin embargo, la base de todas las cosas no puede ser, como alega la filosofía popular, que la mente es suficientemente evidente. Tenga en cuenta, en la medida en que tengamos alguna experiencia de sus propiedades, y más allá de esa experiencia, ¡cuán vano es el argumento! - no puede crear, solo puede percibir. También se dice que es la causa. Pero la causa es solo una palabra que expresa un cierto estado de la mente humana con respecto a la manera en que dos pensamientos son aprehendidos para relacionarse entre sí. Si alguien desea saber cuán insatisfactoriamente se emplea la filosofía popular en esta gran pregunta, solo necesita reflexionar imparcialmente sobre la forma en que los pensamientos se

desarrollan en sus mentes. Es infinitamente improbable que la causa de la mente, es decir, de la existencia, sea similar a la mente.

En un estado futuro

Ha sido la persuasión de una inmensa mayoría de seres humanos en todas las edades y naciones que seguimos viviendo después de la muerte, esa aparente terminación de todas las funciones de la existencia sensible e intelectual. Tampoco la humanidad se ha contentado con suponer esa especie de existencia que algunos filósofos han afirmado; a saber, la resolución de las partes componentes del mecanismo de un ser vivo en sus elementos, y la imposibilidad de que la partícula más pequeña de estos sostenga la menor disminución. Se han aferrado a la idea de que la sensibilidad y el pensamiento, que han distinguido de sus objetos, bajo los diversos nombres de espíritu y materia, es, en su propia naturaleza, menos susceptible de división y descomposición, y que, cuando el cuerpo se resuelve en sus elementos, el principio que lo animó permanecerá perpetuo y sin cambios. Algunos filósofos, y aquellos con quienes estamos en deuda por los descubrimientos más maravillosos de la ciencia física, suponen, por otro lado, que la inteligencia es el mero resultado de ciertas combinaciones entre las partículas de sus objetos; y aquellos entre ellos que creen que

vivimos después de la muerte, recurren a la interposición de un poder sobrenatural, que superará la tendencia inherente en todas las combinaciones materiales, a disiparse y ser absorbido por otras formas.

Rastremos el razonamiento que en uno y en el otro ha conducido a estas dos opiniones, y tratemos de descubrir lo que debemos pensar sobre una cuestión de tan trascendental interés. Analicemos las ideas y sentimientos que constituyen las creencias rivales, y establezcamos con cuidado una discriminación entre palabras y pensamientos. Llevemos la pregunta a prueba de experiencia y hecho; y nos preguntamos, considerando nuestra naturaleza en toda su extensión, qué luz derivamos de una visión sostenida e integral de sus componentes, lo que nos puede permitir afirmar, con certeza, que vivimos o no después de la muerte.

El examen de este tema requiere que se lo elimine de todos los temas accesorios que se adhieren a él en la opinión común de los hombres. La existencia de un Dios y un futuro estado de recompensas y castigos son totalmente ajenos al tema. Si se demuestra que el mundo está gobernado por un Poder Divino, no se puede deducir necesariamente de esa circunstancia a favor de un estado futuro. Se ha afirmado, de hecho, que como la bondad y la justicia deben ser enumeradas entre los atributos de la Deidad, indudablemente compensará a los virtuosos que sufren durante la vida, y hará felices a todos los seres sensibles que no merecen castigo. Siempre. Pero esta visión del tema, que sería tedioso y superfluo desarrollar y exponer, no satisface a nadie y corta el nudo que ahora buscamos desatar. Además, si se demuestra, por otro lado, que el principio misterioso que regula los procedimientos del universo, ni inteligente ni sensible, no es una inconsistencia suponer al mismo tiempo que

el poder de animación sobrevive al cuerpo. que ha animado, por leyes tan independientes de cualquier agente sobrenatural como aquellas a través de las cuales se unió por primera vez. Tampoco, si se demuestra claramente un estado futuro, se deduce que será un estado de castigo o recompensa.

Por la palabra muerte, expresamos esa condición en la que las naturalezas que se parecen a nosotros aparentemente dejan de ser lo que son. Ya no los escuchamos hablar, ni los vemos moverse. Si tienen sensaciones y aprensiones, ya no participamos en ellas. No sabemos más que esos órganos externos, y toda esa textura fina del marco material, sin la cual no tenemos experiencia de que la vida o el pensamiento puedan subsistir, se disuelven y dispersan en el extranjero. El cuerpo se coloca debajo de la tierra, y después de cierto período no queda ningún vestigio ni siquiera de su forma. Esta es la contemplación de la inagotable melancolía, cuya sombra eclipsa el brillo del mundo. El observador común se sorprende con el desánimo del espectáculo. Él sostiene en vano contra la persuasión de la tumba, que los muertos de hecho dejan de ser. El cadáver a sus pies es profético de su propio destino. Aquellos que lo han precedido y cuya voz era encantadora para su oído; cuyo toque se encontró con el suyo como fuego dulce y sutil: cuyo aspecto esparció una luz visionaria en su camino, estos no pueden volver a encontrarse. Los órganos de los sentidos se destruyen, y las operaciones intelectuales que dependen de ellos han perecido con sus fuentes. ¿Cómo puede ver o sentir un cadáver? sus ojos están carcomidos y su corazón es negro y sin movimiento. ¿Qué coito pueden unir dos montones de arcilla pútrida y huesos desmoronados? Cuando puedes descubrir dónde permanecen los colores frescos de la flor desteñida, o la música de la lira rota, busca la vida entre los muertos. Tales son las

ansiosas y temerosas contemplaciones del observador común, aunque la religión popular a menudo le impide confesarlas incluso a sí mismo.

El filósofo natural, además de las sensaciones comunes a todos los hombres inspirados por el evento de la muerte, cree que ve con más certeza que se atiende con la aniquilación del sentimiento y el pensamiento. Observa que los poderes mentales aumentan y se desvanecen con los del cuerpo, e incluso se acomodan a los cambios más transitorios de nuestra naturaleza física. El sueño suspende muchas de las facultades del principio vital e intelectual; la embriaguez y la enfermedad los alterarán temporal o permanentemente. La locura o la idiotez pueden extinguir por completo el más excelente y delicado de esos poderes. En la vejez, la mente se marchita gradualmente; y a medida que creció y se fortaleció con el cuerpo, también lo hace junto con el cuerpo hundirse en decrepitud. Seguramente, estas son evidencias convincentes de que tan pronto como los órganos del cuerpo están sujetos a las leyes de la materia inanimada, la sensación y la percepción, y la aprehensión, terminan. Es probable que lo que llamamos pensamiento no sea un ser real, pero no más que la relación entre ciertas partes de esa masa infinitamente variada, de la cual está compuesto el resto del universo, y que deja de existir tan pronto como esas partes cambian su posición con respecto el uno al otro. Así, el color, el sonido, el sabor y el olor existen solo relativamente. Pero dejemos que el pensamiento sea considerado solo como una sustancia peculiar, que impregna y es la causa de la animación de los seres vivos. ¿Por qué debería suponerse que esa sustancia es algo esencialmente distinto de todos los demás, y exenta de sujeción a aquellas leyes de las cuales ninguna otra sustancia está

exenta? Difiere, de hecho, de todas las otras sustancias, como la electricidad, la luz, el magnetismo y las partes constituyentes del aire y la tierra, difieren ampliamente de todas las demás. Cada uno de estos está sujeto a cambios y descomposición, y a la conversión a otras formas. Sin embargo, la diferencia entre la luz y la tierra es apenas mayor que la que existe entre la vida, el pensamiento y el fuego. La diferencia entre los dos primeros nunca fue alegada como un argumento para la permanencia eterna de ninguno de los dos, en la forma en que primero podrían ofrecerse a nuestra atención. ¿Por qué la diferencia entre las dos últimas sustancias debe ser un argumento para la prolongación de la existencia de una y no de la otra, cuando la existencia de ambas ha llegado a su aparente terminación? Decir que el fuego existe sin manifestar ninguna de las propiedades del fuego, como la luz, el calor, etc., o que el Principio de la vida existe sin conciencia, memoria, deseo o motivo, es renunciar por una extraña distorsión de lenguaje, el afirmativo de la disputa. Decir que el principio de la vida puede existir en la distribución entre varias formas, es afirmar lo que no se puede probar que sea verdadero o falso, pero que, de ser cierto, aniquila toda esperanza de existencia después de la muerte, en cualquier sentido en que el evento puede pertenecer a las esperanzas y temores de los hombres. Supongamos, sin embargo, que el principio intelectual y vital difiere de la manera más marcada y esencial de todas las otras sustancias conocidas; que todos tienen cierta semejanza entre ellos de la que no participa en ningún grado. ¿De qué manera puede hacerse esta concesión un argumento a favor de su no caducidad? Todo lo que vemos o sabemos perece y cambia. La vida y el pensamiento difieren de todo lo demás. Pero que sobrevive a ese período, más allá del cual no tenemos experiencia de su existencia, tal distinción y disimilitud no ofrece sombra de

prueba, y nada más que nuestros propios deseos podrían habernos llevado a conjeturar o imaginar.

¿Hemos existido antes del nacimiento? Es difícil concebir la posibilidad de esto. Existe, en el principio generativo de cada animal y planta, un poder que convierte las sustancias en homogéneas consigo mismas. Es decir, las relaciones entre ciertas partículas elementales de materia experimentan un cambio y se someten a nuevas combinaciones. Porque cuando usamos palabras: principio, poder, causa, etc., pretendemos no expresar ningún ser real, sino solo clasificar bajo esos términos una cierta serie de fenómenos coexistentes; pero supongamos que este principio es una cierta sustancia que escapa a la observación del químico y el anatomista. Ciertamente puede ser; pensaba que no era lo suficientemente filosófico alegar la posibilidad de una opinión como prueba de su verdad. ¿Ve, escucha, siente antes de su combinación con aquellos órganos de los que depende la sensación? ¿Razonar, imaginar, aprehender, sin esas ideas que solo la sensación puede comunicar? Si no hemos existido antes del nacimiento; Si, en el período en que las partes de nuestra naturaleza de las que dependen el pensamiento y la vida, parecen estar entrelazadas; Si no hay razones para suponer que existimos antes de ese período en el que aparentemente comienza nuestra existencia, entonces no hay motivos para suponer que continuaremos existiendo después de que aparentemente nuestra existencia haya cesado. En lo que respecta al pensamiento y la vida, lo mismo sucederá con respecto a nosotros, considerado individualmente, después de la muerte, como ocurrió antes de nuestro nacimiento.

Se dice que es posible que sigamos existiendo de alguna manera totalmente inconcebible para nosotros en la actualidad. Esta es una

presunción muy irrazonable. A los partidarios de la aniquilación les incumbe la carga de probar lo negativo de una pregunta, cuya afirmación no está respaldada por un solo argumento, y que, por su propia naturaleza, se encuentra más allá de la experiencia de la comprensión humana. Es lo suficientemente fácil. De hecho, para formar cualquier proposición, respecto de la cual somos ignorantes, simplemente no es tan absurdo como para no ser contradictorio en sí mismo, y desafiar la refutación. La posibilidad de cualquier cosa que entre en la imaginación más salvaje para concebir queda así vindicada triunfalmente. Pero es suficiente que tales afirmaciones sean contradictorias con las leyes de la naturaleza conocidas o excedan los límites de nuestra experiencia, que se demuestre su falacia o irrelevancia para nuestra consideración. De hecho, persuaden solo a aquellos que desean ser persuadidos.

Este deseo de ser para siempre como somos; La reticencia a un cambio violento e inexperto, que es común a todas las combinaciones animadas e inanimadas del universo, es, de hecho, la persuasión secreta que ha dado lugar a las opiniones de un estado futuro.



Percy Bysshe Shelley (Field Place, Horsham, Inglaterra, 4 de agosto de 1792 - Viareggio, Gran Ducado de Toscana, 8 de julio de 1822) fue un escritor, ensayista y poeta romántico inglés. Entre sus obras más famosas se encuentran *Ozymandias*, *Oda al viento del Oeste*, *A una alondra* y *La máscara de Anarquía*.

También es conocido por su asociación con otros escritores contemporáneos, como John Keats y Lord Byron, sobre todo como miembro de la llamada Escuela Cockney, formada por la segunda generación de poetas románticos ingleses. Murió, como estos últimos, a una edad temprana. Estuvo casado con la escritora Mary Shelley, autora de *Frankenstein*. ([Wikipedia](#))